

Rompió á llorar al decir esto, y permaneció durante algun tiempo cabizbajo y meditabundo, pero luego enjugándose los ojos, de repente se levantó con ademan amenazador y exclamó:

— John Pepper se vengará, amo mio. Voy á buscar á la obeah; ella puede hacer que todavía ame Cora á John, y entonces... yo me vengaré. ¡ Ah! si vos quisiérais hablar á Nelly! ella hace todo lo que la mandais.

Habiéndome negado á esta nueva insinuación, unos quince dias despues se decidió Pepper á buscar á la famosa hechicera; una circunstancia notable coincidió con esta visita:

Sabedor el respetable M. Wilson, de que M. Saul Fallowwer deshonoraba su carácter con sus relaciones con Cora, juzgó propio de sus atribuciones dirigirle una severa reprimenda. Fallowwer confesó su culpa, prometiendo mudar inmediatamente de conducta; y en efecto, sea que le hubiesen conmovido verdaderamente las exhortaciones del digno ministro, ó que temiese las consecuencias que pudiese acarrearle este asunto, la verdad es que dejó en el mismo instante de recibir á Cora en su casa. Esta, cuya pasion habia llegado al delirio, atribuyendo á indiferencia este paso, recurrió á la hechicera para pedirle precisamente el mismo favor que su marido iba á exigir con respecto á ella. Pero habiéndose anticipado, se presentó la primera en casa de la obeah, quien la prometió lo que deseaba.

Al dia siguiente el afligido marido acudió á contarle su pena, declarándole que el misionero habia logrado cautivar el corazon de su mujer. Cuando concluyó Pepper de hablar, la vieja se agitó sobre su piedra haciendo contorsiones y murmurando frases ininteligibles, despues de lo cual se levantó, y arrastrándose hasta el fondo de su choza, salió á poco rato, teniendo en una mano una calabaza que contenia el brevahe prometido á Cora para el misionero, y en la otra uno de los grandes caracoles en que los obeahs preparan sus mistos. Se volvió á sentar en la piedra, poniendo la calabaza á un lado y el caracol sobre sus rodillas, y continuando sus oraciones, sacó de él unas cuantas plumas de papigayo, huesos y dientes de hombres y animales, algunas raíces de árboles, y por último un paquetillo envuelto y atado mil ociosamente. A fuerza de crispaciones, sus largos dedos consiguieron deshacer el nudo, y entonces, sacando del paquete una porcion de polvos blancos, se los puso á John en la nariz, haciéndole señal de que los echase en la cazaca. Hecho esto, le despidió levantando tres dedos, lo que queria decir que volviere dentro de tres dias. Cora no faltó á la siguiente tarde, y la vieja le entregó la misteriosa calabaza.

Al dia siguiente recibió un espreo el médico, en que se le suplicaba luego á auxilios á toda prisa á M. Fallowwer que se hallaba peligrosamente enfermo. Pero por mucho que se aceleró, fue inútil su asistencia: á las dos horas espiró en medio de las mas terribles agonias. Como el médico aseguró que solo el veneno podia causar una muerte tan pronta, y como ya habia corrido la noticia de la raptura del misionero con Cora, la autoridad se apoderó de esta para tomarla de declaración. La pobre muchacha confesó que habia pretendido terminar su amor por medio de un filtro que le habia dado la obeah; y el raudal de lágrimas que acompañaba su relacion probaba hasta la evidencia que habia sido instrumento inocente de la venganza de Nelly. Habiéndose determinado los magistrados que se apretase á esta, al ir á entrar en su celda se la esposó moerta, siendo imposible determinar por ningún signo exterior si era natural ó violenta su fallecimiento. Cora fué puesta en libertad, y volvió á la compañía de su marido.

Reanimado el prestigio de M. Wilson sobre los negros, no tardaron mucho en recobrar tambien su antigua alegría y obediencia; sin embargo, bastante tiempo tuvo que transcurrir hasta que las falsas ideas desaparecieran totalmente de su espíritu.

Aquí terminaría mi narración si no quisiese contar á mis lectores un episodio que particularmente me concierne. Habia prolongado mi permanencia en la plantacion y pensaba ya seriamente en volver á Inglaterra, cuando me participó M. L. que esperaba viniese su hija en el primer buque, y deseaba me hallase presente á su dichosa reunion, á lo que accedí con gusto. Si aquella jóven me habia parecido bonita en el instante que la vi antes de mi viaje, juzguese el efecto que harian su belleza y la blancura de su tez en mis ojos fatigados por la uniforme monotonía del color propio de aquellos paises. No tardé en enamorarme perdidamente de ella, y como ningun rival me hacia sombra, ni experimenté repugnancia de parte de la jóven, su padre no tuvo dificultad en darme palabra de aceptarme por yerno.

Al principio de esta historia he confesado que tuve la imprudencia de relacionarme con una esclava llamada Maria, y el lector sensate inferirá que en el momento en que traté de contraer mi matrimonio, no era natural sintiere en mi alma otra cosa que indiferencia hácia la pobre muchacha. Pero así que esta concibió las primeras sospechas de mi amor á otra, y se convenció de que no tenian poder sobre mí sus atractivos, dió en celarme con una vigilancia tal, que no me quedaba una vez solo con mi L. sin que ella encontraba modo de interrumpirnos. Confieso que las lágrimas que vertia en prueba de la sinceridad de su afecto, me conmovian vivamente; pero al mismo tiempo una inclinacion natural me hacia ser cada dia menos sensible para con ella, al paso que me asidua al lado de mi novia.

Una mañana por fin entró en mi cuarto determinado á parecer á proceer una explicacion á todo trance. Miróme con ojos tristes, y luego contentándose de repente, se acercó su rostro, y acercándoseme á mí con un aire que me indicaba en que pensaba determinado:

— M. Compton, me dijo, quiero haceros una pregunta: ¿ una sola? ¿ á quién preferís de las dos? ¿ á mi L. ó á Maria?... Y los sollozos ahogaban su voz.

— Pero, Maria, no sé con qué derecho me preguntais eso.

— ¿ Con qué derecho, William! Con el derecho que debe tener toda mujer sobre su amante, respondió la pobre muchacha: vos no podéis negarme una respuesta.

— Pues bien, Maria, ya que lo exigis, te contestaré que me parece muy bella, y que te he querido mucho; pero en el dia han cambiado ya nuestras relaciones.

Al oír estas destruyedoras palabras, miróme Maria igualmente y permaneció durante un minuto inmóvil como una estatua, mas luego faltándole las fuerzas, cayó desplomada sobre el pavimento. Acostado con aquella cabeza que quedaba hácia ella para levantarla: habia perdido el uso de sus miembros, y derramaba sangre en abundancia por boca y carnes. Apodado de mis criados la trasporté á mi cuarto á fin de llamar al médico, á quien enseñé todo el terreno, dando la parte al mismo tiempo de mis proyectos acerca de mi L.

— Querido Compton, me dijo luego que habia acordado, esta muchacha entró á verme antes de que me fuera, y me suplicó la que os he referido, para que me ayudara. ¿ Os acordáis de la conversación que con ella teníais acerca del veneno de los obeahs?

— Perfectamente, le respondí, así como también de la respuesta que me dió al querer confirmarme del paradero de los polvos que ponian en azar.